

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo A)

El fragmento del Evangelio sigue formando parte del «discurso misionero», que aparece en Mateo y que venimos escuchando desde hace dos domingos.

Hoy se apuntan dos aspectos: las exigencias que tiene el seguir a Cristo y cómo han de ser recibidos los enviados del Señor.

Ambos tienen su fundamento en la imitación de Jesús. Para un cristiano significa centrar toda la vida en Él. Amar a Dios es superior a cualquier otro amor y el fundamento y la posibilidad de querer verdaderamente a las demás personas. Hay algunas vocaciones que, de manera especial, lo significan. Podemos pensar en los religiosos, sobre todo de clausura, y en los que lo dejan todo para partir a lejanos países para anunciar el Evangelio. Son mensajeros de que Dios es lo más importante, y lo único que puede hacer feliz al hombre.

En primer lugar el Señor nos quiere para Él, y en Él podemos amarlo todo. Muchos sufren porque quieren repartir su amor equitativamente entre todos los que les rodean. Es un problema de fácil solución: quien ama a Dios sobre todo, ama todas las cosas como deben ser amadas. No hay conflicto de amores para quien sabe ordenarlos. Amar a Cristo como él nos ha amado, purifica todos los amores y los hace más profundos. (*Anécdota del joven y su novia*).

El que ama a Cristo, lo ve presente en los demás. Cuando el cristiano mira la naturaleza, ve el don de Dios. Cuando mira a sus padres, ve a las personas por las cuales Dios me ha dado la vida. Cuando un esposo o una esposa miran a su cónyuge, ve un regalo del amor Dios. Cuando unos padres miran a sus hijos, ven un don de Dios, y por quien deben dar amor y vida. Cuando unos hijos miran a sus padres, ven el amor providente de Dios que es la fuente de toda paternidad. El cristiano, cuando ve a una persona que me ha ofendido, ve una oportunidad de perdonar, porque yo también he ofendido a Dios, y siempre me perdona. Los católicos, cuando miramos al Papa, vemos al Vicario de Cristo. Cuando miramos al Obispo, vemos a Cristo Pastor. Cuando miramos a un sacerdote, vemos a Cristo que intercede. Cuando miramos a un enfermo, vemos a Cristo doliente. Cuando alguien me ayuda, vemos a Cristo buen samaritano.

El que ama a Cristo, ve eso.

El cristiano, cuando celebra la Eucaristía, ve y siente a Cristo presente en medio de la asamblea, lo escucha en la Palabra, y lo adora en su presencia real en el Pan y en el Vino. Celebramos la Eucaristía porque queremos ver, porque queremos sentir, porque queremos vivir, porque queremos amar.